

Los orígenes ideológicos del franquismo

En un momento en que se está tratando de construirse un régimen democrático sin que se haya producido una ruptura violenta con la dictadura a partir de la cual se implanta, son fundamentales los estudios que ponen al descubierto la trama y la estructura del régimen que se pretende superar, si no se quiere incurrir en los errores del pasado. En esta línea hay que inscribir el reciente libro de Raúl Morodo, «Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo» (Túcar ediciones, Madrid 1980), donde se pone de manifiesto la larga trayectoria ideológica que va preparando lenta, pero inexorablemente la dictadura franquista.

El libro de Morodo es, básicamente, un estudio pormenorizado del movimiento conocido con el nombre de «Acción Española». Se estudian en él los antecedentes del mismo, su fundación y propósitos, las distintas actuaciones políticas, tanto como las relaciones con grupos y movimientos extranjeros afines —todo lo cual constituye objeto de la primera parte—. En la segunda, se analizan detalladamente sus caracteres ideológicos básicos a lo largo de tres densos capítulos: el tradicionalismo católico, la teoría de una Monarquía totalitaria y un orden social y económico basado en el corporativismo.

«Acción Española» surge como revista en diciembre de 1931, fundada por el marqués de Quintanar y Eugenio Vegas Latapié, actuando como redactor-jefe Miguel Herrero García. Entre los colaboradores más asiduos y representativos figuran Ramón de Maeztu, Víctor Pradera, Pedro Sainz Rodríguez, Joaquín Calvo-Sotelo, Ramón Ledesma Ramos, cardenal Gomá, Eduardo Aunós, etcétera. Como aneja a la misma funciona la Editorial Cultura Española, que continuará sus actividades después de la guerra civil durante los años cuarenta; no ocurre así con la revista que, afectada por el decreto de Unificación, desaparece en cuanto tal durante el primer año de guerra.

La revista fue cumpliendo durante sus años de vida una función ideológica de primer orden. Al principio su intento se centró en un análisis de la dictadura de Primo de Rivera, que esclareciese el motivo de haber sido aquél un intento frustrado. En general, las conclusiones, prácticamente aceptadas por todo el grupo, llevan a la convicción de que Primo de Rivera fracasó por su talante personal excesivamente liberal y por las convivencias que mantuvo con el régimen democrático-parlamentario, que le llevaron incluso a considerar su propio mandato como un período transitorio. A partir de aquí los miembros más destacados del movimiento se imponen la necesidad de buscar los fundamentos ideológicos de un régimen permanente sin concesiones a ningún tipo de veleidades parlamentarias o democráticas. Como hemos dicho, van a ser tres los principios básicos que consideran constitutivos a dicho régimen ideal: un catolicismo tradicional e integrista identificado con el ser nacional, una concepción absolutista y totalitaria de la Monarquía y un orden socioeconómico de tipo corporativista basado en los intereses agrarios de la alta burguesía terrateniente. En este triple basamento van a constituir el nuevo régimen que ya se prefigura durante los

tres años de guerra civil, pero con adaptaciones que imponen inapelablemente las circunstancias, produciéndose así un mismo fenómeno de conversión ultraderechista en el ideario de «Acción Española», y que puede constatarse en tres niveles distintos: 1) Un deslizamiento del catolicismo tradicional al fascismo católico; 2) El paso a la Monarquía tradicional al caudillaje cesarista, y 3) La disolución del Estado tradicional en el nuevo Estado. Se trata de volver a los planteamientos del antiguo régimen so pena de una cierta modernización en el vocabulario y en los medios, como muy gráficamente lo dice Víctor Pradera en su libro «El Estado nuevo»: «En este estudio del Estado nuevo nos ha ocurrido una cosa exactamente igual a la que ocurrió al paradjista inglés Chesterton: hemos descubierto que el nuevo Estado no es otro que el Estado español de los Reyes Católicos.»

Un aspecto importante del estudio de Morodo es su declaración explícita de que, a pesar de la importancia de «Acción Española» en la configuración de la ideología dominante en el nuevo Estado que surge en 1936, el movimiento no surge sólo ni espontáneamente a raíz de las circunstancias políticas de los años veinte y treinta, sino que tiene antecedentes muy remotos, cuyo origen y evolución sería interesante estudiar. Entre ellos cita los siguientes:

— El tradicionalismo entendido como ideología reaccionaria de extrema derecha caracterizado por la oposición rígida y medievalista a la modernidad industrialista y secularizadora del liberalismo.

— La corriente católico-social, inspirada remotamente en León XIII y su «Rerum Novarum», y dirigida a la creación de un corporativismo católico interclasista, que pretende recuperar a las masas alejadas del catolicismo y en vías de instalación en partidos revolucionarios de clase.

— El conservadurismo clásico, que puede identificarse con el maurismo, y cuyo fin era reformar el sistema en el plano técnico y político-administrativo, si bien manteniendo la actitud legalista.

— Determinadas actitudes de las corrientes de izquierda (liberal-democrática, socialista y krausista), que favorecieron la crítica contra el parlamentarismo y algunas concepciones organicistas precorporativas.

El fermento ideológico de la dictadura franquista tiene, como vemos, antecedentes muy remotos que se remontan, incluso en ocasiones, al siglo XIX, como ocurre con las corrientes regeneracionistas, que en algún caso han sido tachadas de «prefascismo». La cuestión creemos que es de extrema importancia, pues manifiesta el poder de las ideas para configurar la sociedad y la política de un país, contra la opinión de los que las minusvaloran como un subproducto de las condiciones materiales. No importa que las ideas no puedan entenderse sin las estructuras socioeconómicas que las sustentan, pues no hay que olvidar que éstas perderían parte de su sentido y de su dinamismo, si no adquiriesen la configuración ideal que les presta el pensamiento. Y recordar estas elementales lecciones de Historia, nos parece de primer orden a la hora de fundamentar y consolidar nuestra incipiente democracia. José Luis ABELLAN.